

tiempo en que vivimos con el siglo último, se advierten con asombro los inmensos progresos que han hecho, y el aumento notable en el bienestar de las familias. Este exámen dilata el corazón, y hace comprender muy bien porqué el peregrino estadista se contenta con atestiguar esta mejora sin procurar acelerar su desarrollo. Viviendo solo para salir del día, y testigo de los progresos ya efectuados, deja al tiempo el cuidado de los progresos futuros, y señala como ciudadanos peligrosos y turbulentos á los hombres que pretenden que desde el mismo momento el salario del obrero baste á su manutención. ¿Cuál sería, pues, su asombro, si se les desmotrara que este salario tal como se pide no es todavía la justa remuneración del trabajo, sino que es de toda necesidad que sea tal la remuneración que deje al trabajador un ahorro para los malos tiempos, para las necesidades de la vejez?

El trabajo produce la riqueza, dicen los economistas, y los moralistas, que muchas veces son también economistas, sin saberlo: esto significa que produce más que consume, es decir, que después de ejecutado el trabajo y pagado todos los gastos, después de satisfechas todas las necesidades, quedan en excedente y como de reserva una porción de los productos obtenidos por el trabajo. Si fuese de otro modo, si el trabajo no produjese más de lo que consume, el mundo no se mejoraría, se viviría nada más que con el día presente, y jamás se tendría reserva con que poder extender más y más el trabajo para producir una nueva reserva. Una pequeña disminución en las fuerzas productoras, una ligera escasez haría recular muchos siglos atrás al género humano.

Si todo el mundo adelanta es porque el trabajo produce más riqueza que consume. Ahora bien, justo es que los trabajadores disfruten de una parte de este excedente de producción. ¿Y este repartimiento se verifica en el estado actual? ¿Los trabajadores se resienten de este aumento constante de la riqueza? Las mayores comodidades relativas de las clases laboriosas responden á estas cuestiones.

Con todo, aunque ellas han ganado mucho, aunque la remuneración del trabajo sea tal cual permite el uso habitual de las cosas á que en otro tiempo jamás se hubieran atrevido á aspirar, en el día están mucho más expuestas que en otro tiempo á las crisis que les sumergen en una ociosidad forzada. Los obreros eran más pobres antes; las cosas que ahora miran como de primera necesidad eran antes para ellos lujo desconocido. La ropa blanca, los vestidos de paño, los zapatos de cuero, no les eran indispensables: vivían mal, no hay duda, pero vivían uniformemente sin sacudimientos ni sobresalto: no sufrían los espantosos efectos de las crisis comerciales que periódicamente vienen á asolar el mundo, á destruir todos los efectos del bienestar, á anodadar el capital acumulado, y á matar de miseria una gran porción de los operarios sin trabajo.

Suponiendo que estas crisis no puedan ser evitadas, ¿qué se necesita para que el trabajador las pase sin riesgo? Que su salario le permita la acumulación, que reciba más de lo que gaste. Las cajas de ahorro han probado que en muchos casos esta acumulación es posible; pero no basta, es preciso que lo sea siempre. Esta no es una opinión escéntrica; al contrario, hace largo tiempo que se ha reconocido esta necesidad: ha sido formulada muy explícitamente por los cristianos al prescribir como mandato la caridad, y más adelante en el establecimiento del diezmo, cuando en su origen prescribieron que su cuarta parte fuese destinada á hacer que viviesen los pobres, es decir, los obreros sin trabajo y sin ahorros acumulados.

Los hospitales, los establecimientos de caridad vinieron á su vez á atestiguar la insuficiencia del salario para mantener al obrero durante los días de huelga. En todos los tiempos la sociedad ha reconocido la necesidad de dar de un modo ó de otro á los obreros una porción del excedente de la producción creada por el trabajo, porción que debía pertenecerles.

Se ha declamado mucho contra las contribuciones para los pobres, y sin embargo, si se reconoce con todos los publicistas el deber de la sociedad para con los indigentes, no debe considerarse como una injusticia, una imposición que grave con igualdad sobre todos. Una ley de pobres no es una monstruosidad; pero si asombra es porque indica un estado monstruoso en que el salario del trabajo es insuficiente, y en que es importante venir al auxilio del trabajador. Una ley de pobres prueba la miseria, no la crea. Es un remedio peligroso indudablemente, es un remedio que desmoraliza, lo mismo que los hospicios, pues como estos enseña á los trabajadores á contar con

los demás, y á hacer que entre en su gasto diario la porción de salario que debiera constituir sus ahorros y aumentar el capital nacional. Pero hasta que la moral, la instrucción mayor de las clases laboriosas no las enseñe á manejar mejor sus recursos, hasta que los salarios mejor repartidos, la industria mejor planteada no permitan el ahorro al mayor número posible, una ley de pobres no es de modo alguno una cosa inmoral, y su justicia y su necesidad están consignadas en esta opinión de Pitt y de Puffendorf: „la nación debe proporcionar subsistencia á todos los ciudadanos.”

Así es que por ejemplo la Irlanda no saldrá de sus actuales miserias sino por medio de una revolución ó de una ley de pobres. Es seguramente la menor de las cosas el que los ingleses, después de haberse apoderado del suelo y de los frutos del trabajo de seis millones de hombres, les dé algunas partículas de las riquezas adquiridas con sus brazos: no hay por cierto un gran mérito en un ladrón en dar una limosna de algunas pesetas al que ha privado de su bolsa. Allí pues una ley de pobres hasta sería una obra de sabiduría, pues podría evitar la revolución.

Pero no basta con proporcionar la subsistencia: el Estado debe también á sus individuos moral é instrucción. Además el bienestar material depende esencialmente del estado intelectual del hombre, y no se ha calculado todavía bastante bien la influencia de la educación sobre la suma y la calidad del trabajo ejecutado, y por consiguiente sobre la suma del capital creado y acumulado. Lejos de esto, casi siempre se han separado estas dos cosas, la inteligencia y el bienestar material, como si fuesen de todo punto independientes. Se ha oído que los trabajadores inteligentes son menos áridos para el trabajo; se ha buscado como dirigir sus esfuerzos hácia un solo objeto; se ha querido materializar al hombre sin caer en la cuenta de que este era exactamente el camino más recto para conducir al anonadamiento de la riqueza, que no se crea sin la inteligencia. No se ha reflexionado en que quizá es á la inteligencia únicamente á la que es preciso dirigirse para obtener el resultado que más importa, un salario que permita ahorro.

El célebre James Mill, cuya pérdida reciente no llorará nunca demasiado el mundo, dice en una de sus obras que el hombre no dispone más que de una sola cosa sobre la tierra, y es del movimiento. Toda la economía política está resumida en esta idea de una sublimidad notable. En efecto, no se trata en la creación de las riquezas más que del movimiento. ¿Pero acaso se cree que la inteligencia no debe dirigir este movimiento? ¿Es indiferente para la creación de las riquezas que este movimiento se opere de este ó del otro modo? ¿No estriba todo al contrario en que la inteligencia presida al movimiento?

El salario, repito, es insuficiente sino permite la acumulación. No obstante, en el estado actual de la sociedad es un imposible aumentar el precio del trabajo: este precio está en razón directa de la demanda de las producciones: si hay más obra que brazos, aumenta; si por el contrario, los trabajadores son demasiado numerosos, el salario disminuye. Sin disputa lo mejor sería que el trabajo creciese á proporción de los brazos. Esta simultaneidad está conforme con las reglas de la economía política; y no se puede negar siquiera que el equilibrio se establece al fin; pero entretanto los obreros padecen, pues el salario puede ser insuficiente. ¿Dónde pues se ha de buscar, el remedio de estos males? Por nuestra parte creemos hallarle en gran copia en el desarrollo de las facultades intelectuales del obrero. Existen recursos inmensos para su bienestar, todos á su alcance, todos en su mano: solo se trata de conocerlos. La inteligencia trae consigo la prudencia, el espíritu de arreglo, la reflexión, las costumbres pacíficas y tranquilas: la inteligencia sugiere las asociaciones, las cajas de socorros mutuos, los recursos industriales y comerciales. La inteligencia hace más hábiles las manos, más certero el ojo, más robusta la salud, pues preserva de vicios y de enfermedades.

Sin que sea necesario entrar en este momento en largos desarrollos, es fácil demostrar que cuanto más ejercitada está la inteligencia, más alto es el salario: así es que el jefe del Estado, primer obrero de la nación, es más retribuido que el ministro; este más que el prefecto ó el periodista; el magistrado más que el mecánico; este más que el albañil; y así sucesivamente hasta lo ínfimo de la escala de los trabajadores donde encontramos al simple manobrero lleva un fardo, da vueltas á una rueda &c. Este no emplea más que una porción infinitamente pequeña de su inteligencia, gira á derecha ó izquierda, carga ó arroja su fardo, sube ó baja: no emplea más